

EL ROMANCERO
DE
IZNÁJAR Y SU VIRGEN DE LA PIEDAD

INTRODUCCIÓN

Breve es la vida del hombre.
Escrito está que su paso
por el camino del mundo
sea fugaz como el relámpago.
Ayer fue niño, hoy es hombre,
mañana ¡qué pronto! anciano.
¡Con qué rapidez vivimos!
Cuando apenas lo acordamos,
ya ni aún existe el recuerdo
de los que nos engendraron.
En breve iremos tras ellos;
y siguiendo nuestros pasos,
tras nosotros, nuestros hijos
han de venir a buscarnos
al seno de ese infinito
do se pierden los humanos,
como las gotas de lluvia
en el hirviente Océano.
Si, pues, el presente es breve,
y el porvenir lo ignoramos,
nada más grato ha de sernos
que en el pasado engolfarnos.
¿Por ventura, mis lectores,
nunca os habéis preguntado,
con el afán del que intenta
penetrar un grande arcano:
«Más allá de nuestros padres,
y de sus antepasados,
y de los de éstos, qué ha sido
del pueblo donde habitamos?
¿Quién ha empedrado estas calles
que ahora nosotros pisamos?
¿Quién construyó nuestras casas?
¿Quién roturó nuestros campos?
¿Quién levantó nuestros templos?»
Misterios son del pasado
que no vieron nuestros ojos
y es difícil penetrarlos.

Algo, sí, saber podemos;
y aun el saber ese algo,
nos cuesta tantos desvelos,
nos exige tiempo tanto
que son pocos los que pueden
invertirlo en estudiarlo.
Mas quien lo sabe lo cuenta:
y así el fruto madurado
recoge aquel que no puede
por su mano cultivarlo.
Y doy principio al romance,
que ya este, prólogo es largo,
y más cansaros no quiero
con vuestra venia escuchadlo:

I Angellas.

Cuando la soberbia Roma
todo el mundo conocido,
por las leyes y las armas,
sujetaba a su dominio,
hubo un pueblo floreciente
que, a la orilla del tranquilo
Genil, sus casas de piedra
levantaba en breve círculo
sobre una verde colina
a poca altura del río.
No sé si era una colonia,
población en municipio,
o estipendiaria; mas esto
importa al caso lo mismo.
Su provincia era la Bética,
Y su convento jurídico,
la que hoy es Ecija, Astiji,
en el idioma latino.
Angellas era su nombre,
y este nombre, oid, le vino
de la notable hermosura
de sus hijas, que de mirtos
y flores mil coronadas
recibieron al invicto
Trajano (que también era
nuestro paisano y amigo,
como natural de Itálica),
un día en que a Angellas vino.
Viajaba el tal por España,
que de su imperial dominio
una provincia era entonces:
y así a visitarnos vino
a Iznájar, esto es, a Angellas,
pues tal es su nombre antiguo.
El pueblo entonces se alzaba
en el sitio conocido
hoy por el ruedo; y el puente,
ahora en ruinas, sobre el río,
soberbio y bello asentaba
por entonces sus estribos,
a dos vías militares
prestando a un tiempo servicio.
Hasta él salieron las hijas
de Angellas, según se ha dicho,
a recibir a Trajano,
el Emperador invicto.
Sus leves trajes de gasa,
mal sujetos por los ricos
ceñidores, sobre el talle,

como si estuviesen vivos,
ora en el aire flotaban,
cual las alas de un divino
querubín, ora plegándose
destacaban los hechizos
de aquellos cuerpos gentiles,
mientras sus frentes de armiño
de flores mil coronadas
doblábanse ante el divino
César. El cielo, el paisaje
rico, en luz y en colorido,
la tarde de Abril serena,
el dulce sonar del río:
todo aumentaba el encanto
del cuadro que de improviso
se presentaba a sus ojos.
¡Quién, lector, lo hubiese visto!
«Ángeles son, no mujeres»,
cuentan que Trajano dijo;
y desde entonces Angellas
el pueblo a llamarse vino.
Anduvo el tiempo: Trajano
pasó, y el imperio mismo,
de aquella soberbia Roma
como polvo se deshizo.
Bárbaros hombres del Norte,
que de las selvas salidos,
cual las fieras, inundaron
en torrente el mundo antiguo,
vinieron a repartirse
el imperio envilecido.
España tocó a los godos,
y a ser de los godos vino
este pueblo a que Trajano,
diera nombre tan divino.

II La Virgen Antigua.

Como se empujan las olas
para estrellarse en la playa,
y una tras otra se quiebran
en copos de espuma blanca,
así se empujan los hombres,
y se suceden las razas,
hasta que al fin desaparecen
por el sepulcro tragadas.
Así también el dominio
de los godos en España,
tocó a su fin; otros bárbaros,
pero ahora del Sur, del África,
con la enseña del Profeta
vinieron a conquistarla.
Por eso en la noche lóbrega
la noble Angellas velaba,
porque en la mayor angustia
las nuevas al fin aguarda
que han de venir de la guerra,
ora buenas, ora malas.
En las Casas de la Curia
los duumviro conversaban
con el gardingo, el vilico
del campo las avanzadas
solícito recorría;
y algunos hombres de armas,
por las calles de la villa,
silenciosos patrullaban.
Aquellas mismas mujeres,
a que Trajano llamara
ángeles, en las ermitas,
abiertas e iluminadas,
a la Virgen piadosa
sus oraciones alzaban.
Tal vez rasgando sus túnicas,
sus cabelleras arrancan,
tal vez más que por sus vidas
por su honra a Dios suplicaban.
De pronto brilla una hoguera
en la sierra más cercana,
y otra después y otra luego,
que repite la avanzada
que hay más inmediata al pueblo.
«Nueva, nueva» do quier clama
la multitud, y se agolpa
en un momento a la plaza.
El duumviro más anciano
parece en la balconada
de las Casas de la Curia;

pide el silencio y les habla:
«Nueva hay, les dice, aunque ignoro
si afortunada o infausta,
porque la señal nos dice
viene un mensajero a darla.
Calmad vuestras inquietudes:
en Dios vuestra confianza
poned, porque no permita
que la Cruz, su enseña Santa,
por esos infieles moros
sea esta vez ultrajada».
Esto pronuncia el duumviro:
al oírlo, todos callan,
y aunque lentos y sombríos
se retiran a sus casas.
La noche a mediar empieza;
torna el silencio y la calma
a ampararse de la villa.
Mas las tres horas pasadas,
el galope de un caballo
que desbocado se lanza
por el puente, y que resuena
como un trueno sobre Iznájar,
anuncia que el mensajero
llega, y que el pueblo le aguarda.
“Duumviro —dice el Thinfado
apenas llega a la plaza—
y tú, pueblo que me escuchas,
vengo corriendo de Astapa
para anunciamos... —aquí
un murmullo se levanta
de angustia, mortal angustia—
vengo a anunciamos que España
es ya de los mahometanos,
pues de los godos la raza
ha sucumbido a su esfuerzo
en una sola batalla:
nuestra sangre el Guadalete
violento al estrecho arrastra.
—¿Y el Rey Rodrigo?
—La suya
también se perdió en sus aguas.
Morir nunca fue vergüenza,
huir tan sólo es infamia;
no puede exigirnos más
que nuestra vida la patria.
Dios sólo da la victoria
El dio a los moros la España.
—¿No hay esperanza, pues?
—No.
A quitaros la esperanza
he venido yo, duumviro.
Salvad las prendas más caras

de vuestro amor, los harenes
del moro vil las aguardan.
Enterrad vuestras riquezas,
las imágenes sagradas
también, porque esos infieles
no lleguen a profanarlas.
Y pasada la conquista,
y la tempestad pasada,
someteos a la ley
del fuerte, que así os lo manda
la humanidad, pues la lucha
aquí, en estas tierras llanas,
ni os es posible, ni solos
podréis. con fruto intentarla.
Adiós quedad.

—¿Partes?

—Sí.

Voy a proseguir mi marcha.

—¿Dónde?

—No sé. A donde alcancen
mis fuerzas: hasta que caiga
rendido por la fatiga,
iré corriendo la España
a advertirla de su riesgo.

Dame un caballo.

—Descansa
unos momentos.

—Muy pocos,
y habrá de ser en tu casa.

—Antes, dinos, mensajero,
quién te manda.

—¿Quién te manda?

Mi deber sólo: escudero
soy del Duque de Cantabria.

—¿Dónde, dónde está Pelayo?

—Camino de sus montañas.

Resguardado entre sus breñas,
sueña en recobrar a España—.

—¿Tú irás con él? —el más joven
de los duumviros, demanda.

—Sí voy.

—Pues yo iré contigo,

—Y yo también —en la plaza
algunas voces dijeron:

—¡Nobles angellanos, gracias!

Con vuestro deber cumplís:
vuestra vida es de la patria;
os la pide, es vuestra Madre.

Del invasor ya es esclava:
seguidme, bravos, seguidme
los que anheláis rescatarla;
en las montañas de Asturias
el gran Pelayo os aguarda.

Así dijo el mensajero;
y acto continuo a la casa
del duumviro se dirige.
El pueblo delante marcha.
Las hembras de dolor lloran,
los hombres lloran de rabia,
aunque todos ser prometen
fuertes contra la desgracia.
Y apenas un refrigerio
conforta aquella gran alma,
con una lucida escolta,
que el duumviro equipa y arma,
en dirección a la Asturia
parte, camino de Ara.
En tanto el otro duumviro
toma precauciones sabias
de prudencia, en el peligro:
las doncellas custodiadas,
a Astigi manda, que es,
como ciudad de importancia,
un asilo más seguro
contra la desenfrenada
lascivia de los infieles.
Guardar las riquezas manda,
que en los patios, los desvanes,
y tejados de las casas
a esconderlas se apresuran,
cada familia enterrándolas.
Y él mismo, cuando ya sólo
se ve, y do quiera reinaba
el silencio, hacia una ermita
encamina sus pisadas;
alza los brazos en cruz,
arrodíllase ante el ara,
y ahogada, la voz en llanto
así a la Virgen le habla:
«Madre de dulce piedad,
de ese trono en que te alzas,
por ser reina de los cielos,
y nuestra patrona santa,
vengo a arrancarte; perdóname,
pues no quiero que tu amada
imagen, de escarnio sirva
al infiel: y como guarda
el que es cristiano la fe,
dentro del pecho encerrada,
y guarda el cuerpo la tierra,
y Dios en su seno el alma;
en paraje tan secreto,
donde nadie te encontrara,
excepto yo, pues que eres
el tesoro de más alta
estimación que tenemos,

y mi deber me lo manda,
voy, codicioso a esconderte,
Patrona de Angellas santa». Tal oró el noble duumviro;
y subiendo, sobre el ara,
con el amor y respeto,
que su madre le inspiraba,
sobre sus hombros la toma
y de la ermita la saca,
perdiéndose en las tinieblas
con su tan preciada carga.
Y cuando la nueva aurora,
en su blanca luz bañaba
las vertientes de la sierra,
y los pájaros piaban
en las verdes alamedas,
por una cuesta escarpada
descendía el buen duumviro
sin la patrona de Iznájar.

III El castillo de las pendencias.

Siete siglos han pasado.
¡Qué no mudan siete siglos!
De Angellas, la antigua Angellas,
ya no existe más vestigio
que aquel gran puente de piedra
por cuyos arcos sombríos
aún se deslizan tranquilas
las aguas del manso río.
Los árboles se levantan
donde antes los edificios;
las calles son hoy praderas
do triscan los corderillos.
Pero en el cerro inmediato,
antes escueto y vacío
ved en cambio cuál levanta
sus almenas un castillo,
y un pueblo a más: es el nuevo
que sustituye al antiguo.
Si Angellas al fin ha muerto,
ahí tenéis a Iznájar vivo.
Mas no penséis que Mahoma
tenga en él algún dominio.
La cruz, el lábaro santo
en que venció Constantino
mirad clavada en la altura
de aquel torreón sombrío.
El imperio de Mahoma
toca a su fin: los que invictos
un día nos dominaron
tiempo ha que son vencidos.
El pabellón que de Asturias
alzó Pelayo en los riscos,
bajó pronto a las llanuras,
y fue izado en el castillo,
de donde el nombre que tienen
a las Castillas le vino.
El cristiano ha recobrado
en lucha de siete siglos
que pueda inspirar temores
su patria otra vez del moro.
Sólo el reino granadino
obedece al mahometano;
y años hace que el castillo
de Iznájar fue recobrado
con la villa, y sus invictos
hijos terror vienen siendo
de los moros fronterizos.
Loja, *la flor entre espinas*,
en vano a domarlos vino.

En vano Aliatar pidiera
a Boabdil, su yerno, auxilios:
aquellos fieros soldados,
desde su peñón altivo,
tal su villa defendieron,
que el soberbio fronterizo
hubo de volverse a Loja
casi humillado y vencido.
Es, pues, Iznájar cristiana
por el valor de sus hijos
Castillo de las pendencias
es nombrado su castillo
que más llamarse debiera
castillo del heroísmo.

IV El sueño del tesoro.

La blanca luz de la luna
baña las rubias almenas
de aquel castillo de Iznájar,
al que la altiva fiereza
ganó de sus defensores
un nombre que bien le sienta
aún hoy día y ya se ha dicho:
Castillo de las pendencias.
La villa duerme tranquila,
la noche es clara y serena,
el manto azul de los cielos
está radiante de estrellas.
En las fronteras de Loja
no se ve arder una hoguera
que pueda inspirar temores
de alguna algara sangrienta.
Todo es silencio y es calma;
el río a lo lejos suena
cadencioso, y de sus márgenes,
de ricos aromas llenas,
mil auras embalsamadas
con sus leves alas vuelan.
Allá, en la plaza de armas,
sólo una ventana abierta
del castillo, encontraremos.
Tras la luna que penetra
silenciosa por su ojiva,
que penetremos es fuerza
en una alcoba, que asombra
por lo rica y por lo bella.
Allí, una mujer dormida
en rico lecho se encuentra,
que es hermosa como un ángel;
y aunque es mucho más honesta
y su esposo, el buen Gutierre,
tiempo ha que partió a la guerra,
si admirarla y no mirarla
es por ahora nuestra empresa,
nada que temer debemos
de su proverbial fiereza.
Mirad su faz cual sonrío:
de sus líneas la pureza
ni aún altera la sonrisa
que inmensas dichas expresa.
No hay duda que sueña Aldonza,
no hay duda, ¿pero en qué sueña?
¿Del amor que ausente llora,
piensa acaso en la firmeza?
¿O del hijo que ya siente

palpitar dentro de ella,
sueña en las dulces caricias,
y sus tiernos labios besa?
¿Sueña acaso ...? Pero basta,
que ni una sombra de impureza
cabe en la que siempre tuvo
fama de ser, y es honesta.
¿En qué sueña, pues, Aldonza?
Escuchadlo, si no os pesa.
Sueña que ante el lecho mismo
un ángel se le presenta,
envuelto en flotantes gasas,
y coronado de estrellas;
el cual tendiendo su mano,
que al armiño se asemeja,
e inclinándose a su oído,
la dice: «Aldonza, despierta».
Sueña en que aquella voz dulce
en sus oídos resuena
como el canto del jilguero
en la sombría alameda:
que se despierta al oírla,
que despierta el lecho deja,
que el ángel anda, y que sigue
tras sus celestiales huellas:
siente el frío de la noche,
ve el fulgor de las estrellas;
oye el murmurar del río,
en que la luna riela.
Siente balsámicas auras
mecerse en su cabellera
y besar con soplo helado
su frente calenturienta.
Y el ángel siempre camina,
y en pos del ángel va ella,
en santo gozo inundada,
y sin alentar apenas:
y a pesar de estar dormida,
en que está despierta sueña.
Por fin al rozar la frente
de una colina risueña,
que como verde cortina,
el bello horizonte cierra,
detiene el ángel su paso,
y cae de rodillas, ella.
Y a la luz tenue y suave
que de su frente proyecta
el celestial mensajero,
Aldonza escarba en la tierra
para buscar un tesoro
que allí escondido se encuentra:
Tesoro de tal valía,
de tal y tanta riqueza,

que cual fuente inagotable
venas de oro muestra abiertas;
donde hallarán su ventura
las edades venideras.
Sus ojos creen descubrirle
tras de la dura corteza,
y de mil piedras preciosas
los resplandores la ciegan.
Y trémula y palpitante,
de gozarlas ya sedienta,
hunde sus manos crispadas
en aquella húmeda tierra.
Más ¡ay! que cuando a tocarlas
casi parece que llegan,
la misma voz argentina
que antes despertar la ordena,
suena otra vez en su oído:
«Basta por hoy», y cesa ella
en su trabajo; y el ángel
sobre sus alas se eleva,
y a sus ojos asombrados
de nube en nube se aleja.
Tórnase la noche lóbrega,
negra queda la pradera,
triste en el cielo la luna,
y sola en el campo ella.
De pavor sobrecogida
de hinojos póstrase en tierra,
y cual si las sombras todas
se desplomasen sobre ella,
queda allí sin movimiento,
y al sueño, sus ojos cierra.
Antes, pues, sueña en que duerme,
luego sueña en que despierta,
después que torna a dormirse,
y todo un sueño lo encierra.
¿No os parece extraordinario
lo que nuestra Aldonza sueña?
Pues mucho más que nosotros
debió de admirarse ella,
que a la siguiente mañana,
cuando las luces primeras
del alba tenues entraron
por su ventana aún abierta,
despertó; pues al alzarse
del lecho, sus manos bellas
y sus uñas sonrosadas
halló cubiertas de tierra,
y en sus dedos destrozados
dolor y manchas sangrientas.
No sé, y podéis figuraros,
lo que pensara y dijera
ante tan gran maravilla:

sí, que los ancianos cuentan
que aquella misma mañana
fue a confesar a la Iglesia
de la villa, y que a su casa
tornó ya con faz serena.

V El fantasma.

Volvió la noche a los cielos,
mas sin estrellas ni luna;
la tempestad en sus senos
se revolvía con furia.
Ronco el trueno retumbaba,
caía a mares la lluvia,
silbaba el viento en las torres,
que a la claridad sulfúrea
del relámpago, agrandaban
sus siluetas, negruscas.
El rayo, también el rayo
bajando de las alturas,
iba a incendiar con sus fuegos
ya de la encina las mustias
hojas, ya de la cabaña
la cubierta fría y húmeda.
El río, fuera de margen,
todo lo invade y lo inunda,
arrastrando cuanto encuentra
con precipitada furia.
Su rumor, ayer tranquilo,
hoy como un trueno se escucha
allá a lo lejos; la noche
es, pues, noche de aventura,
tal y como los amantes
y los ladrones las buscan.
La hora, las doce: la hora
en que de sus sepulturas
se levantaban los muertos,
en que volaban las brujas,
y a legiones los demonios
recorrían las alturas,
cabalgando sobre escobas
en horrible barahúnda.
Y, sin embargo, mal digo,
tal vez por esto, sin duda,
ni un viviente atravesaba
las calles tristes y oscuras
de Iznájar; sólo un momento
en que cedía la lluvia
su violencia, destacarse
vemos de la sombra oscura
una forma, que parece
ser humano, aunque se duda.
Un largo ropaje blanco
su talle y su rostro oculta,
no se sienten sus pisadas,
y ni aún su aliento se escucha.
De su frente se desprende

una luz tenue y confusa,
que en medio de las tinieblas
sus leves pasos alumbra.
No parece que se mueve
y de sitio y lugar muda,
pues una tras otra calle
siempre silenciosa cruza.
Al fin, por una ladera,
que mal tajada en la dura
roca, sobre precipicios
espantosos se columpia,
con firme y seguro paso
desciende hasta la llanura.
El soldado que en la almena
hace su guardia nocturna,
al distinguirla a lo lejos,
hace la cruz, y murmura
una oración, entre dientes,
porque el miedo su voz turba,
y no piensa en requerir
la ballesta, mal segura
en sus manos, pues presume
que su consigna, aunque es dura,
contra las almas en pena
ni se aplica ni se usa.
Inmóvil, pues, permanece,
hasta que en la sombra oscura,
aquél, que él juzga fantasma,
se desvanece y sepulta.
A la siguiente mañana,
cuando su faz rubicunda
el sol asomó a los cielos,
las comadres, que madrugan,
en todas partes hablaban
de la fantasma nocturna,
que era, según decir de ellas,
el alma de una viuda
recién muerta, que a purgarse
volvía de ciertas culpas.
Y tal se cundió esta especie,
que cuando la noche oscura
vino otra vez sobre Iznájar,
aunque serena y con luna,
ni un alma quedó en las calles;
y sólo a fuerza de muchas
instancias lograrse pudo
que se diese la nocturna
centinela por diez hombres,
quedando en la Iglesia el cura,
dispuesto para el conjuro,
pues esto era cosa suya,
si volvía a presentarse
el alma de la viuda.

VI Don Gutierre.

Postrado está allá en Lucena
el buen Gutierre Gonzalo,
postrado de dos heridas
que recibiera lidiando.
Físicos y Capitanes
le asisten con gran cuidado,
pues no quieren que se pierda
tan intrépido soldado.
De los brazos de la muerte
logran por fin arrancarlo;
y aunque él, no quiere, a su casa
que regrese han acordado,
para reponer sus fuerzas
entre los dulces halagos
de su tierna compañera,
a quien saben ama tanto.
Así, aunque mucho le pese
lo mismo que le es tan grato,
lo mandan sus adalides,
y es preciso ejecutarlo;
y una tarde para Iznájar
galopa sobre un caballo.
Pero en mal hora ha salido
una tarde de verano,
débil y calenturiento,
a desafiar los rayos
del sol, que aun tras de las nieblas
parece que está abrasando.
Él se mantiene en la silla,
como de ánimo esforzado,
hasta que siente que el vértigo
ya de él se va apoderando.
Baja entonces como puede,
suelta la rienda al caballo,
que inmóvil como fiel perro,
queda allí junto a su amo.
Y él bajo la opaca sombra
de algunos copudos álamos
reclínase, casi a tiempo
que le acomete un desmayo;
y tras el desmayo un sueño
en que queda aletargado.
Mas su sueño no es tranquilo
pena le da, no descanso;
suspiros lanza su pecho,
espuma arrojan sus labios.
Sin duda, a lo que parece,
que sufre el noble soldado
aún más que de sus heridas

de aquello que está soñando.
Y es así; Gutierre sueña
que aquel tesoro envidiado
de su honor, que a noble esposa
él dejara confiado,
la desdichada lo había
arrojado en el vil fango.
La veía siempre hermosa,
Iba por ameno campo,
y un mancebo peregrino
la llevaba de la mano.
Iba de blanco vestida,
iba vestida de blanco;
con razón, que a su honor muerto
era el luto tributado.
Iba dócil, sonriente,
embelesada mirando
la faz del noble mancebo;
inundada en gozo, tanto
al parecer, que aun durmiendo
padeció tales cuidados,
que si no del mal, del sueño
de seguro le curaron.
Despertó, pero aun despierto
sentíase acongojado.
La serpiente de los celos
mordió aquel corazón bravo,
y Gutierre más que herido
se siente ya envenenado:
que a veces consiguen celos
lo que heridas no lograron.
En esto el sol declinaba;
puso a escape su caballo,
y huyendo de tristes sueños,
dulce realidad buscando,
siguió su camino a Iznájar
el buen Gutierre Gonzalo.

VII El tesoro del sueño.

Mediaba y aún más la noche,
cuando Gutierre llegaba
a una pequeña colina
que hay a la vista de Iznájar,
entonces, como en el día,
las Majadillas nombrada.
Mil pensamientos sombríos
sin cesar le atormentaban,
nacidos de aquel ensueño
que no olvida, pues le agravia,
en que vio a su noble esposa
de un mancebo acompañada
por bello y ameno campo
caminar, pues de su fama
el agravio, aunque es un sueño,
como realidad lo mata:
que a veces los sueños dejan
amarga pena en el alma,
porque ellos lo fingen todo;
y aunque no son en sí nada,
por algún tiempo nos queda
su impresión dulce o amarga.
Las nubes que por los cielos
como torbellinos pasan,
aunque un momento, la tierra
con sus negras sombras manchan.
Bajo la impresión del sueño
Gutierre, pues, caminaba
tan distraído y absorto
como si otra vez soñara;
cuando de pronto el caballo
tan bruscamente se para
que, a no ser él tan jinete,
de la silla allí lo lanza.
Vuélvelo en sí la sorpresa,
la brida aprieta con rabia,
y a tiempo que en los hijares
ambas espuelas le clava,
tiende en derredor la vista,
como buscando la causa
del hecho. ¡Nunca lo hiciera!
De él a muy corta distancia
ver ha creído en las sombras
moverse una forma blanca,
que de mujer le parece
en lo esbelta y agraciada.
La realidad de su sueño,
que cual relámpago pasa
otra vez sobre su frente,

que la calentura abrasa,
tal la teme en su delirio,
que piensa que va a tocarla.
Ni un momento se detiene;
de un salto al suelo se lanza,
y parte como una flecha
en pos del blanco fantasma.
Tras él sube por la cuesta,
porque la noche es muy clara,
y la luna en la pradera
su dulce fulgor derrama.
Pero aun cuando fuese oscura,
él descubriera al fantasma,
sólo al fulgor de sus ojos
que al mirarlo rayos lanzan.
Cada vez más se aproxima;
pero aún existe distancia
entre los dos, cuando llegan
a una pequeña explanada,
en donde alumbra la luna,
y en donde la cuesta acaba.
Pero es la distancia corta,
y hay una luna tan clara
que a más del talle y las formas,
también la faz dulce baña
de la desdichada Aldonza:
¡ella era el blanco fantasma!
Un mancebo aún más hermoso
de la mano la llevaba
bajo la opulenta copa
de una encina solitaria
donde una tosca calera,
que en la sombra blanqueaba,
para alimentar sus fuegos,
sus despojos aguardaba.
Iba Aldonza sonriente;
y a la mano en que apoyaba
la suya, dócil seguía,
en santo gozo inundada.
Tal vio, y no ver ya más quiso
Gutierre, que ver su infamia
pensaba; y de furor ciego,
lanzando un grito de rabia,
entre ambos se precipita:
y alzando en alto la daga,
sobre la infeliz Aldonza
el brazo armado descarga.
Mas ¡oh prodigio! el primero
fue que obraste, Virgen santa,
desde el seno de la tierra
donde aún estabas guardada!
Para contarlo ¡oh mi madre!
en tu honor y en tu alabanza,

haz que sobre mí descienda
la inspiración: presta alas
a mi pobre fantasía
para volar a tus plantas.
Bendice mi obra, que es tuya;
y de esta mi enamorada
lira, los tiernos acentos,
que tus grandezas proclaman,
para honra tuya y su gloria,
no se apaguen en Iznájar.
Quedamos en que dormida
la triste Aldonza se hallaba
cuando Gutierre a su pecho
puñal traidor asestara.
De su sueño, al de la muerte,
iba a pasar desdichada,
y deshonrada a los ojos
del esposo de su alma.
Pero no fue así: la Virgen,
Aldonza, que tú buscabas,
en ti su primer prodigio
iba a obrar, para que Iznájar
aprendiese que ella vela
por quien la busca con ansia...
Descargó el brazo Gutierre;
mas cual si en una muralla
hubiera herido, rompióse
en mil pedazos el arma,
que entre millares de chispas,
como lluvia al suelo bajan.
Él mismo hirióse la mano
la sangre sintió en su cara,
pero tibia: era la suya
que como fuego abrasaba.
El mancebo se le acerca.
Mas ¿qué mira? De sus plantas
mil ardientes resplandores
hasta el cielo se levantan.
Radiante está su faz noble
de una luz serena y clara,
y para ceñir sus sienes
estrellas del cielo bajan.
Lleva un bordón en la mano,
y en sus hombros se ven alas,
ligeras como la pluma,
brillantes como la plata.
No es ya un mancebo, es un ángel
el ser que ante su asombrada
vista tiene, y a él se acerca,
y por su nombre lo llama.
«Soy Rafael». No más dice,
con voz como un soplo blanda,
a Gutierre, que arrodilla,

y ¡piedad, piedad! exclama
«Ese habrá de ser su nombre:
Madre de Piedad la llamas,
y te acude, pues no toma
de tu intento Dios venganza,
por su intercesión augusta.
Despierta, Aldonza, y trabaja
hasta encontrar a la Virgen
que aquí escondida se halla.
Este el tesoro es del sueño
que a tu esposa muy amada
trajo a este sitio, tres noches:
sed dignos de él». Así habla
el ángel, y sube al cielo
sobre sus lucientes alas.
Gutierre en llanto deshecho,
torna a aquella mujer santa,
que aún de pie permanecía
como una viviente estatua.
Llámala, y ella despierta,
ve el sitio donde se halla,
lo reconoce: y entrambos,
auxiliados de una azada,
a un tiempo que cavan, rezan,
dando a la Virgen mil gracias
por haberlos escogido
para ventura tan alta.
Y a tiempo que ya la aurora
por los cielos asomaba,
de oro tiñendo las cimas
de las sierras más lejanas,
el Tesoro de su sueño
por fin Aldonza encontraba.
Y en sus brazos parecía,
por la aurora coronada,
*La Virgen de la Piedad,
Madre y Patrona de Iznájar.*